

Edward Bryant: Cinnabar

La Ciudad en el Centro del Tiempo

"Desde Harlan Ellison no había aparecido un autor tan impactante: lean a Bryant, están en buenas manos."

Theodore Sturgeon
The New York Times



Cinnabar era un flujo de torres de cristal y paredes metálicas encaramado a la cima de acantilados rojos que se derrumban hasta una estrecha cinta de playa y después el océano. El desierto. La faja verde. La ciudad. El mar. Parecía haber poco más en el mundo. Se rumoreaba que el ferrocarril elevado corría hasta un sitio llamado Els. Pero nadie estaba del todo seguro; nadie recordaba haber viajado alguna vez tan lejos. Un día pudo verse un hombre sobre el camino a Cinnabar. Marchaba desde el desierto hacia la ciudad, silbando melodías marciales mientras caminaba. Todos los tiempos y todas las posibilidades convergen en Cinnabar.

Para experimentar su magia uno debe: buscar su entrada, a la vez lejana y cercana... recorrer incontables parsecs y milenios... cruzar al otro lado del espejo... seguir el sendero de ladrillos amarillos... girar a la izquierda en la estrella del norte y seguir adelante hasta el alba... O usar este libro como mapa. He aquí los compañeros de viaje: Tourmaline Hayes, la *sex star* de la Red; Obregón, el científico absolutamente no especializado; Leah Sand, la melancólica animadora de televisión; Jade Azul, la madregata creada por la computadora; Puma Lou Landis, una heroína; Sidhe, el tiburón que viajó 350 millones de años; Harry Vincent Blake, el estudiante del siglo XX que cayó por la conejera; y Términex, la última, intermitentemente sana, computadora. ¡Una expedición a la Ciudad de las alternativas infinitas!

Este libro es para los integrantes de los Talleres de Escritores de Ciencia-Ficción de Denver y Colorado Springs; pero sobre todo para Doris Beetem la Mayor, primer ciudadano honorario de Cinnabar.

«Tal vez la sustancia natural más poderosa-mente simbólica de todas, que tiene un profundo significado, es el cinabrio. Se trata de una roca cristalina de color escarlata, el sulfuro de mercurio. Triturada, es el pigmento rojo que usan los pintores. Pero en el simbolismo taoísta y en la magia representa la energía nuclear del *yang* y el *yin*, que debe ser quemada en el crisol interno mediante el yoga alquímico, para generar la inmortalidad del yogi... tal como el mercurio es extraído de la roca calcinándola, cuando el sulfuro libera un brillante fluido metálico.»

PHILIP RAWSON y LAZLO LEGEZA en *Tao*

INTRODUCCIÓN: VIDA COTIDIANA EN LA CIUDAD EN EL CENTRO DEL TIEMPO

El título superior parece infinitamente más atractivo que «De dónde saca uno las ideas», que es el verdadero tema de esta introducción. Sin embargo ambos títulos, en la mejor tradición de Cinnabar, se reflejan entre sí como espejos paralelos enfrentados en un corredor. Bueno, casi. Puede llevar un tiempo advertir que las imágenes de esa procesión que se pierde en el infinito no se duplican con absoluta fidelidad.

Por sutil que sea, la entropía se escurre dentro de ella; y en el escritor tanto como en la obra. Pero esa es otra historia...

Lo que estoy tratando de decir es que Cinnabar es una ciudad de variedad infinita, una oportunidad para el ejercicio de alternativas sin fin. Por más idealista que sea en lo superficial, ese aspecto de la ciudad demuestra la naturaleza damóclica de la misma.

«Ojalá vivas en tiempos interesantes.» Recuerden: se trata de una *maldición* china.

En lo esencial, eso es lo que deseo comunicarles sobre Cinnabar propiamente dicha. ¿Necesito indicar que el Centro de la Ciudad señala el punto donde se focaliza todo el tiempo? ¿Que la corriente temporal cae en cascada hacia Cinnabar en un vórtice multidimensional? ¿Que la ciudad dista de nosotros sólo varias salidas de autopista y parsecs

y milenios innumerables? Los detalles se irán desplegando solos.

En cuanto a los habitantes de Cinnabar... es a ellos a quienes deseo mencionar: Turmalina Hayes, la *sex star* de la Red; Jade Azul, madregato híbrida; el *Carcharodon megalodon* Sidhe; Harry Vincent Blake, el estudiante universitario del siglo veinte que cayó por la conejera; Puma Lou, el último héroe; Leah Sand, melancólica artista de los medios de comunicación; Obregon, el científico nunca-completamente-loco; y todos los demás. Espero que les agrade conocerlos.

Más arriba, donde la palabra clave era variedad, tenía la intención de escribir algo sobre las ideas narrativas. Permítanme apresurarme a decir que Cinnabar no es una mera construcción ficticia; existe en uno u otro nivel. ¿Qué niveles? La ambigüedad no es más que otro proyecto de renovación urbana en Cinnabar.

Estos relatos son visiones de la ciudad filtrados a través de mi mente y reunidos en un mosaico parcial. Cualquier buen rompecabezas mental tendría que contar con pistas. Estas son algunas de las piezas subjetivas:

- a. A fines de la década del treinta y principios de la del cuarenta, cuando mi madre era una joven que vivía en Brooklyn, ella pasaba los veranos en un presuntuoso rancho de Peekskill, estado de Nueva York. El presuntuoso rancho se llamaba Cinnabar.
- b. Entretanto mi padre, que se había criado en Colorado, había escapado al mar y se había unido a la Marina Mercante en 1932. De allí pasó a la Armada de los Estados Unidos. Todo lo cual conduce a
- c. el verano de 1940. Mi padre estaba sentado en el Patio de la Armada en Brooklyn con un amigo, ambos preguntándose cómo pasar una licencia. Mi padre cerró los ojos y clavó un lápiz en un mapa del estado de Nueva York. Exacto. Peekskill. El Cinnabar.

Pasaron cinco años. Nací exactamente tres semanas después del bombardeo de Hiroshima. ¿Puede asombrarse alguien de que lo novelesco desempeñe un papel tan integral en la vida cotidiana de Cinnabar?

- d. Crecí en la zona sur de Wyoming, pasé varios años en ranchos y en un pequeño pueblo. Como muchos lectores que se transforman en escritores de ficción especulativa, empecé a leer ciencia-ficción por sus valores escapistas. Buscando la velocidad de escape, investigué las trayectorias que terminarían en algún sitio fuera de una comunidad pequeña, rural.
- e. Los gatos. Puedo apreciar su inclinación a clavar los ojos en rincones al parecer vacíos. Los gatos conocen y comprenden lo que está al otro lado del espejo (razón por la cual, desde luego, ustedes encontrarán carteles indicadores en Cinnabar).
- f. En julio de 1969, en el Taller de Ciencia-Ficción y Fantasía de Clarion, el autor visitante Harlan Ellison nos dio a los futuros escritores un encargo para hacer por la noche. Como ejercicio, todos teníamos que crear una página entera de ganchos narrativos, esas líneas iniciales atrayentes planeadas para clavarse en la atención y el interés del lector promedio.

Creo que mi ocurrencia más astuta fue: «Un día el Papa se olvidó de tomar su Píldora». Es un relato que nunca escribí y probablemente nunca escriba. Por otro lado, una de mis líneas de apertura, casi al final de la página, era: «A las orillas del camino a Cinnabar había exclusivamente esqueletos calcinados de ómnibus escolares». Era la primera vez que la ciudad se dejaba ver en mi prosa.

- g. Durante muchos años he leído y admirado la obra del escritor inglés J. G. Ballard, en especial los relatos de Vermilion Sands, esa comunidad en perenne decadencia.

- h. Se debe a (*g*), sospecho, que me haya visto seducido y llevado a una peculiar relación con Venecia, estado de California: la Vermilion Sands del oeste.
- i. El epígrafe apareció después del libro. Con una sola excepción todos los relatos del libro estaban terminados cuando alguien me señaló el significado taoísta del cinabrio. Como es natural quedé fascinado y excitado.

* * *

Cinnabar, ciudad condenada por la esperanza, refugio de las paradojas. Creo que los datos presentados son todas las notas históricas que deseo incluir por ahora. Me gustaría terminar esta introducción con sólo dos deseos: primero, que el lector encuentre en este conjunto de narraciones un total mayor que la simple suma de las partes; y segundo, que en uno u otro punto, el lector o la lectora deseen estar en la ciudad en la que se desarrollan estos cuentos.

Parafraseando sin mayor precisión a W. C. Fields, si lo pienso bien, sé que yo preferiría estar en Cinnabar.

EDWARD BRYANT
Denver
Agosto de 1974

EL CAMINO DE CINNABAR

Se entrelazaba a través de la urdiembre del desierto; una huella polvorienta que contorneaba montes aislados y corroídos por el viento, pasaba sobre lechos de ríos secos, entre grupos de grises arbustos achaparrados. Más recto, pero siempre a la vista de la ruta, está el carril del tren elevado. Hacía siglos que no corrían trenes y el carril estaba manchado de verdín. Aunque rara vez había viajeros que lo oyeran, el viento arrancaba *scherzos* atonales a los soportes.

Más cerca de la ciudad, a orillas del camino, se veían los esqueletos calcinados de lo que en otros tiempos habían sido autobuses.

Después venía la faja verde, un kilómetro y medio de hierba y árboles atendidos sin cesar por pequeñas máquinas silenciosas. Allí caminaban amantes ocasionales y otras personas.

Por último, la ciudad. Cinnabar era un flujo de torres de cristal y paredes metálicas encaramado a la cima de acantilados rojos que se derrumban hasta una estrecha cinta de playa y después el océano.

El desierto. La faja verde. La ciudad. El mar. Parecía haber poco más en el mundo. Se rumoreaba que el ferrocarril elevado corría hasta un sitio llamado Els. Pero nadie estaba del todo seguro; nadie recordaba haber viajado alguna vez tan lejos.

Un día pudo verse un hombre sobre el camino a Cinnabar. Marchaba desde el desierto hacia la ciudad, silbando melodías marciales mientras caminaba. Era alto y delgado.

Su albornoz blanco manchado de sudor se agitaba hacia atrás en el viento como alas de murciélago. La capucha estaba bien echada hacia adelante para hacer sombra, pero no ocultaba la larga nariz ganchuda. Cuando llegó a la faja verde se detuvo a descansar. Amantes que paseaban lo miraron sin curiosidad.

—Busco una posada, un hotel o algo por el estilo —le gritó a una pareja. La pareja se detuvo e intercambiaron miradas. La muchacha, que era pálida y hermosa salvo una cicatriz dentada que le bajaba por la mejilla izquierda, se rió en el silencio de algo que la divertía íntimamente. Su compañero tenía una expresión pensativa.

—Pruebe con el Coronet —dijo el joven.

El viajero hizo un gesto de impaciencia.

—Soy nuevo en la ciudad. Guíeme.

—Sólo tiene que seguir el camino.

—El cartel con la corona —dijo la muchacha en una voz tan baja que apenas se impuso al murmullo de la fuente.

—Agradecido —dijo el viajero. Empezó a marchar hacia el camino.

—¿Extranjero?

El hombre se dio vuelta y el joven gritó:

—¿Cuánto le llevó cruzar el desierto?

El viajero abrió la boca para contestar, después la cerró confundido al darse cuenta de que no tenía respuesta. Ahora, riéndose los dos, la pareja se alejó. El extraño sacudió la cabeza y bebió en una de las fuentes antes de seguir hacia Cinnabar.

Las burbujas le cosquillearon en la garganta. Leah Sand bajó la copa de *ginger ale* helado y se relajó.

Estaba sentada en su silla habitual en el salón delantero del Coronet. Más allá de la mesa de roble cepillado el sol de la tarde calentaba con esmero cuadrados definidos de madera dura.

—¿Quiere un helado para acompañar la bebida, señorita Leah? —la voz atravesó la canción dobro del pasadiscos y las estructuras rítmicas, incoherentes de la charla de los turistas. Ella alzó la cabeza.

—¿Qué sabores hay?

El cantinero Matthias Kaufmann contó diligente con los dedos:

—Bueno, ananá, chocolate, berro, sólo tres.

—¿Lima no?

—Lima no. Aún no ha llegado la provisión de esta semana.

Leah hizo relampaguear una sonrisa hacia él.

—Gracias, la esperaré.

Encantado como siempre por la sombría belleza de Leah, Kaufmann le devolvió la sonrisa por sobre el hombro mientras se alejaba pesadamente, intersectando el camino de una camarera. El choque no conmovió al cantinero. Pero la muchacha fue desviada hacia una mesa de turistas que contemplaron el desastre cercano con expresiones bovinas. Turistas, mesa y camarera se derrumbaron en un tumulto de copas de cola y helados de berro.

La camarera empezó a gemir, los turistas derribados murmuraron y se movieron espásticamente, como lenguados clavados con arpones, y Kaufmann estaba furioso.

—¡Fregona torpe! ¡Retardada!

La muchacha lloró con más fuerza.

—¡Enrique! —dijo el posadero—. ¡Gonzago!

Idénticamente bajos y morenos, los dos hombres aparecieron desde un cuarto trasero. Eran los encargados de echar clientes, por lo común empleados sólo por la noche, cuando una clientela más ruda frecuentaba el Coronet.

—¡Disciplínenla! —Kaufmann señaló a la camarera que ahora se ahogaba en sollozos—. Tal vez aprenda un poco de coordinación.

Gonzago tomó las muñecas de la muchacha y la arrastró al centro del salón. Enrique extrajo un rollo de cuerda y le

ató las manos. Después arrojó el extremo de la cuerda por encima de uno de los tirantes del techo. Los dos hombres tiraron de la cuerda y pronto la muchacha se balanceó, con los dedos de los pies a pocos centímetros del piso.

Enrique aferró la parte posterior del cuello alto de la muchacha y tiró con fuerza. La blusa se desgarró; la espalda de la muchacha era dorada en la luz del crepúsculo inminente. Gonzago le tendió a Kaufmann un largo látigo negro.

—Esto es por tu estúpida torpeza —dijo el cantinero y echó el brazo hacia atrás.

—¿Qué pasa aquí?

Kaufmann se detuvo a medio movimiento, bajó la mano. Todos miraron al unísono hacia la puerta.

—¿Quién diablos eres? —preguntó el cantinero.

El flaco hombre de albornoz entró al Coronet.

—Cafter. Wylie Cafter.

—Oh —Kaufmann se volvió otra vez hacia la víctima y levantó el látigo.

—No lo hagas.

En tres pasos estuvo detrás de Kaufmann. La mano de Cafter se zambulló y le sacó el látigo al cantinero. Gonzago y Enrique se adelantaron, amenazantes, uno de cada lado. Durante un dilatado instante Kaufmann y el extraño se miraron a los ojos.

El cantinero cedió. Murmuró una obscenidad y se volvió hacia Gonzago.

—Está bien, bájenla.

Kaufmann regresó a su puesto habitual tras el mostrador mientras la camarera caía desmayada al piso. Dos rollizas cocineras la transportaron de inmediato a la cocina.

Gonzago y Enrique se retiraron al cuarto trasero. Fuera de la posada, el sol había tocado el océano.

—La playa Tondelaya es aún más hermosa al amanecer —dijo Leah. Cafter, de pie cerca de su mesa, miró por la ventana.

—La extensión de la tarde difícilmente justifique un oca-
so tan breve —dijo.

—¿Fue una tarde larga para ti?

—Muy larga. Y seca.

—Entonces siéntate —dijo Leah. Le hizo un gesto a una camarera.

Cafter apartó una silla de la mesa y se sentó. Leah era muy hermosa y él no tenía otro lugar donde ir.

—Cerveza negra —pidió.

—¿A qué te dedicas?

—Soy sindicalista.

—¿En serio? Me siento fascinada. —Y Cafter supo que así era.

Hubo un chasquido de aire desplazado cuando un objeto del tamaño y el color de un huevo de petirrojo apareció sobre la mesa. Leah lo alzó, lo abrió con un golpecito seco y elegante sobre el roble y extrajo un papel doblado de entre los fragmentos.

—Es probable que sea de la Red —desdobló el mensaje, movió los labios en silencio mientras leía—. Sí.

La nota y la cáscara rota del mensajero se evaporaron en el aire.

Leah echó la silla hacia atrás.

—Lo siento, Wylie. Tengo que irme. Pero te veré pronto. Cafter vaciló.

—¿Pronto?

—Pronto para ti. Tengo que ir al centro de la ciudad.

—Te extrañaré.

—¿Lo harás realmente? —Leah sonrió, pero los ojos estaban perplejos—. No se supone que lo hagas.

Cafter bebió un poco de cerveza y bajó los ojos hacia la mesa.

—De acuerdo. Digamos sólo que me gustaría que no te fueras para tener tiempo de conocerte mejor.

—Wylie, no es eso lo que yo...

Distraída, bajó la copa y se levantó de la mesa. Después, con un impulso, se inclinó y besó la frente de Cafter.

—Hasta luego.

Un relámpago de faldas de crinolina y una sonrisa de paso a Kaufmann, y había desaparecido.

—Eh, Lash —le vociferó Cafter al cantinero—. Dame otra cerveza.

En ese suburbio de Cinnabar, la noche era anticipada por un ocaso demasiado breve. Medida en botellas vacías, la oscuridad se apretó contra la ventana de Cafter antes de que hubiese terminado la tercera cerveza. Dio un trago final y dejó el Coronet, casi vacío. La calle estaba abandonada; caminó por una acera partida y combada a lo largo de una hilera de frentes de negocios con las persianas bajas y las puertas cerradas con llave. Cuando dobló en la primera esquina encontró un parquecito con un centro elevado de césped, unos pocos bancos, un obelisco de piedra de la altura de un hombre y una placa en blanco. Cafter tocó el metal. Los dedos le indicaron que en otras épocas había habido una inscripción, ahora gastada hasta quedar lisa. Trató de descubrir el mensaje al tacto, pero estaba demasiado golpeado por la intemperie.

Sólo quedaban cuatro números, grabados más profundamente. 2... 3... Casi seguían las circunvoluciones de sus yemas. 96...

Cafter se quedó sentado en un banco hasta que la oscuridad fue completa. Estaba de cara al sur, la dirección de la ruta desértica y los carriles elevados a Els. Cerca del horizonte, las estrellas eran como ojos de animales del desierto atrapados en sectores por la luz del fuego, fríos y sin parpadear. Cafter rastreó formas familiares en el alto cielo nocturno hasta el cenit, donde las estrellas titilaban en muchos colores. De pie, se volvió hacia el norte, hacia el lejano centro de Cinnabar. Vio que las estrellas relampagueaban más

veloces hasta que las constelaciones se hundían en un resplandor blanco sobre el centro de la ciudad.

Se encendieron las luces de la calle y los árboles, el césped y los bancos fueron otra vez muy reales, y el cielo oscuro retrocedió. Cafter caminó lentamente de regreso al Coronet. Ahora había más de treinta motocicletas estacionadas fuera de la posada y Cafter tuvo que abrirse camino con cuidado a través de un jardín de acero.

El ruido: tuvo que atravesarlo como una segunda puerta cuando entró al Coronet. El pasadiscos automático estaba a todo volumen y apuntalaba los decibelios humanos con el pesado golpear de un Moog y percusión.

La mesa de Leah estaba vacía, así que Cafter se sentó allí. Vio que todos los turistas se habían ido. El salón delantero estaba atestado de motocicletas, gigantescos hombres musculosos con sus gigantescas mujeres musculosas. Todos estaban vestidos igual, con pantalones sucios y ajustados, a cuadros, una esvástica hindú con los brazos en dirección contraria a las agujas del reloj cosida como un parche sobre la espalda de cada chaqueta sin mangas. Todos, tanto varones como mujeres, estaban afeitados, sin un solo pelo. El aire olía a pedos de cerveza, sudor y orina. Habían empujado las mesas más pequeñas hacia la mitad derecha del salón y habían instalado una mesa de billar. Entre las rudas formas de los motociclistas se movían al acecho Enrique y Gonzago; ni furtivos, ni entrometidos, pero con una actitud de presteza. Tras el mostrador Matthias Kaufmann servía cervezas en sucesión mecánica.

—Todo encaja tan bien —dijo Cafter con calma.

—¿Qué desea, señor?

Cafter alzó la cabeza hacia la muchacha.

—Cerveza negra.

Todas las camareras tenían ojos azules.

—Enseguida, señor.

Todas las camareras llevaban largas trenzas rubias.